



TRAVESIA CHARMOZ - GREPON

ALPES

POR FRANCISCO LUSARRETA

«Luchar y comprender, jamás lo uno sin lo otro.»

Gastón Rebuffat.

17,05 (horario ferroviario) del 4 de agosto de 1963. Nuevamente partimos de Hendaya para la internacional Chamonix, pequeña pero gran ciudad del Este de Francia, en el departamento de la Alta Saboya, meca del alpinismo mundial y puerta de entrada de los grandes y maravillosos Alpes.

Otra vez partimos con ilusión, con la misma ilusión, como si fuera por vez primera a ver lo que tantas veces había leído y oído.

Todos aspiramos, según vamos escalando los peldaños de nuestra vida montañera, alcanzar esta meta, máxima meta, pues después de los Alpes son muy pocos los privilegiados que consiguen llegar a cimas más altas.

Todos sentimos alguna vez en nuestra vida determinadas predilecciones y a mí, desde la primera vez que contemplé los Alpes, me cautivaron la singular bravura y espléndida belleza de las agudas agujas de Chamonix. Ellas alcanzan sus cimas a más de dos mil metros sobre el valle, a modo de majestuoso baluarte que defiende por el Sur al Valle Blanco.

Comienza esta barrera en la Aguille du Midi (3.842 m.), la más alta cumbre de todas las agujas, que emerge recta, airosa, hacia el cielo con su pitón granítico, rompiendo con orgullo los hielos eternos.

La ingeniería moderna es una atrevida realización, por medio de un teleférico, salva los cerca de 1.600 m. de desnivel que la separa de otro bello lugar el Plan de Aguilles a 2.202 m. y abre una fácil puerta para penetrar en el corazón de los Alpes, el Valle Blanco, rodeado de altas cumbres de más de cuatro mil metros.

La muralla de agujas se prolonga hacia el SE. perdiendo altura paulatinamente, hasta llegar a Monteverd. Algunas ramificaciones se prolongan por los flancos de sus enhiestas paredes, en un conjunto inigualable de aéreas cresterías, sembradas de agudos pitones.

Aguille du Plan, Aguille du Fon, Blatiere, Pic de Roc, Grepón, Gran Charmoz, son una delicada sinfonía de nombres que, con sus cumbres maravillosas, avivan la llama de la ilusión y nos celan para escalarlas y recorrer sus airosas cumbres. Un íntimo desafío y una llamada parecían surgir del Gran Charmoz y el Grepón y me sentí ligado a ellos, deseando fervientemente pisar sus cimas.

Esta ocasión se presentó el pasado año 1962, en el que junto a dos compañeros eibarreses, pasamos las vacaciones en estas montañas. Tras unos días de recorrer el macizo, la Aguille Verte, Diente del Gigante, Triolet, Cervina, etcétera, todavía nos quedaban unos días de vacación.



Charmoz - Grepón y la Blatiere.

Con nuestras mochilas repletas de material y víveres, subimos en el teleférico al refugio de Plan de Agujilles, para pasar los días que faltaban haciendo escalas en las agujas de Chamonix. Mi deseo era compartido por mis compañeros que lo aceptaron unánimemente: escalar el Gran Charmoz y el Grepón, uniéndolos en travesía por sus afiladas cumbres.

Eran las tres de la madrugada del 27 de agosto, cuando nos levantamos perezosamente y, luego de mirar al exterior, comprobamos que el tiempo es magnífico. En un año normal cada cuatro o cinco días no es extraño que surja alguno malo, pero el año a que me refiero fue verdaderamente excepcional, pues, día tras día, el cielo espléndido no conoció la mancha de una nube.

Partimos del refugio, aún sin amanecer, para atravesar el glaciar de la Blatiere y remontar después el de Natillons, para situarnos al pie de la muralla Oeste del Gran Charmoz.

Después de hacer la travesía al Gran Charmoz, sobrevino lo imprevisto y un accidente, afortunadamente sin graves consecuencias, ocurrido a mi compañero Eli Ojanguren nos impediría por esta vez, alcanzar lo que tanto deseaba.

En una ligera caída quedó imposibilitado para poder continuar y con presteza organizamos el descenso, para retornar al refugio al cabo de seis horas, durante las cuales nuestro compañero soportó, estoico, las incomodidades y dolores. Recogimos nuestro material y con profundo pesar dimos por terminadas nuestras vacaciones.

Hubo necesidad de escayolar una pierna a Eli y con él regresamos, después de haber pasado inolvidables días inmersos en el reino frío y estéril, pero bello y grandioso de los Alpes.

Allí colgada de sus cumbres y balanceándose en sus agujas, quedaba prendida la ilusión que no pude conquistar.

17,05 (horario ferroviario) el 4 de agosto de 1963, partimos nuevamente de Hendaya para la internacional Chamonix..., como decía al principio de este relato.

Esta vez me acompaña un amigo, joven escalador y amante de la montaña, que va a recibir su bautismo alpino. Conoce mi deseo, yo sus facultades.

Tras diecinueve horas de marcha y con una noche en blanco por medio, rendimos viaje a Chamonix, principal centro de los Alpes franceses. Nuevamente, pese a las varias veces que he estado en Chamonix, no puede menos de sorprenderme por su mezcla, su cosmopolitismo.

Recorremos sus calles y plazas llenas de montañeros y turistas llegados de todas las partes del globo. Curioseamos las tiendas repletas de artículos de montaña de la mejor calidad, pero de prohibitivos precios. Postales, muchas postales, millones de postales de temas alpinos, se veían por todas partes.

Pese a todo, compramos algunas cosas y con un impresionante montón de bultos, abandonamos aquel abigarrado mundo, para subir al Plan de Aguilles, al pie de las agujas, dispuestos a pasar nuestras vacaciones en este lugar, escogiéndolo como campamento base. Esta vez y por razones económicas subimos con nuestro camping para colocarlo en un tranquilo lugar al que había echado el ojo, el año anterior.

No fue pequeña nuestra sorpresa al encontrar aquel apacible lugar lleno de tiendas y en rápido repaso conté hasta veinticinco. Afortunadamente quedó un sitio vacante, porque unos montañeros marchaban entonces.

El tiempo es estupendo y las montañas brillan al sol con su blancura inmaculada. Sobre nosotros se yergue la Aguille du Midi, airosa con sus 4.842 metros, espléndida con sus impresionantes corredores de hielo y unas magníficas cornisas en su cresterío, a punto de desplomarse. Cuesta dar crédito que por esas abruptas vertientes hayan podido los pioneros trazar una ruta.

Al finalizar el día, el cielo se torna amenazador cubriéndose de negras nubes y cuando preparamos la cena, gruesas gotas nos obligan a refugiarnos precipitadamente en nuestro camping.

El día siguiente amanece gris y la ligera llovizna no nos impide salir, pues no estamos dispuestos a mantener la esperanza, acaso vana, de que al día siguiente mejore. Marchamos a la Charpona, refugio al pie de los Drus, para intentar hacer la travesía de los mismos, en una hermosa ascensión de roca.

Las cosas no nos salen bien y después de pasar tres días en el refugio, sólo conseguimos subir al Cardinal (3.647 metros), en una mañana que mejoró un poco, pues la persistente lluvia nos aguó todos los planes previstos para esta primera salida. Regresamos a nuestro camping llenos de contrariedad por el revés del tiempo, que este año ha sido pésimo en los Alpes, de continuo temporal.

Por fin, después de cinco días nos amanece el sábado plétórico de luz, sin una sola nube que empañe el azul purísimo del cielo: ¿realizaremos hoy la ascensión tan deseada?

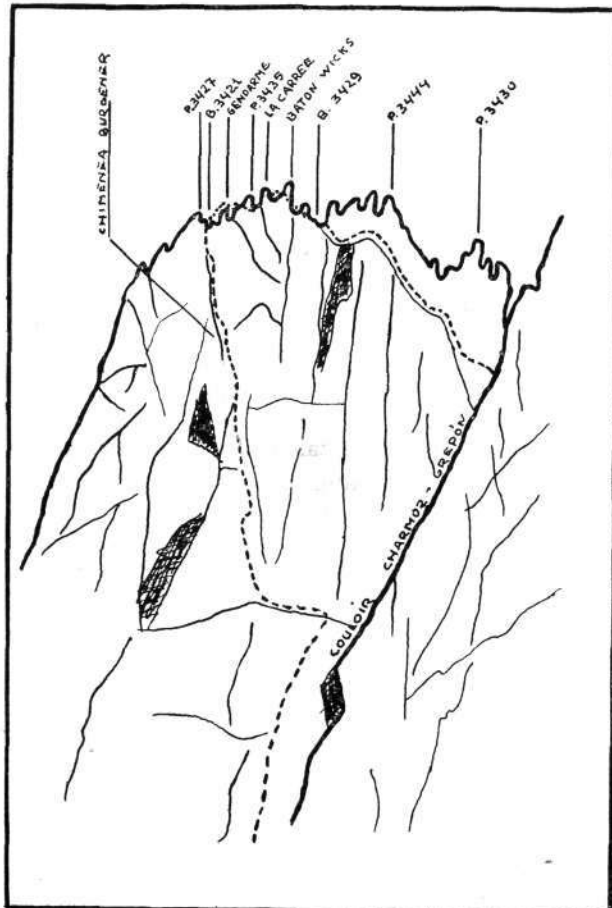
A las cuatro y media de la madrugada todo es actividad en nuestra tienda. Cuerdas, clavijas y todo el material imprescindible para una ascensión en alta

PYRENAICA

montaña, va a parar al fondo de las mochilas. Cuando el alba despunta por oriente, salimos del campamento rumbo a la cumbre soñada.

Remontamos penosamente la dura pendiente de la morrera del glaciar de la Blatiere, hasta llegar al cruce de caminos que vienen desde Plan de Aguilles. Por un sendero jalonado de «cairns» vamos ganando altura suavemente, hasta llegar al pie del glaciar de Natillons, al que debemos rebasar para ganar la base del corredor Charmoz-Grepon, en donde comienza la ascensión vertical.

Un nuevo día nace de entre las brumas de una serena noche. El sol que da la vida empieza a surgir por encima de las montañas, tímidamente primero ilumina las altas cumbres nevadas, pintándolas de un matiz sonrosado, hasta que, radiante, inunda de luz las vertiginosas pendientes y los fondos más oscuros de los profundos valles. Espectáculo maravilloso que nos llena de alegría y damos gracias al Creador, por ser de los felices mortales que tenemos la dicha de contemplarlo.



TRAVESIA GRAN CHARMOZ

Atravesamos el glaciar y lo remontamos por la orilla izquierda, hasta que pronto una barrera de seros nos cierra el paso. Para salvarlo debemos ir hacia la derecha y ganar un rognon (islole rocoso en medio del glaciar) siéndonos necesario descender un pequeño muro de hielo, con escalones tallados y alcanzar después la roca.

Es muy curioso observar cómo cambia la fisonomía del glaciar de un año para otro, ya que el anterior no ofrecía dificultad alguna alcanzar el citado rognon, mientras que ahora un pequeño muro de hielo y varias profundas grietas oponían alguna resistencia. Trepamos por la roca (II grado) y en 20 minutos ganamos la cúspide del mismo, en la que una gran plataforma construída exprofeso, invita a descansar un rato y comer un bocado en la Salle á manger, comedor, como la denominan los guías. Son las siete de la mañana.

Tras reponer fuerzas nos calzamos nuevamente los crampones y emprendemos la marcha por la dura pendiente helada, sorteando unos seracs con tenebrosas grietas y acercándonos paulatinamente a la base del couloir Charmoz-Grepon, donde comienza la ascensión vertical y pétrea.

Según vamos ganando altura, me viene a la memoria Ziran, el protagonista de la novela «Grieta en el glaciar» de Frison-Roche y pienso que en alguna de las que nos rodean, pasaría ocho días luchando entre la vida y la muerte para al final sucumbir. Dura lección que nos enseña a no andar por estas montañas en solitario, por muy bien que se conozca el terreno.

A la altura del corredor nos dirigimos a la rimaya, fácil de atravesar. Al pie de la pared dejamos parte de nuestra impedimenta y con lo imprescindible empezamos a trepar ganando rápidamente altura. Por conocer el terreno, fijo en mi memoria desde el año pasado, no dudo ni un solo momento. El corredor, las plataformas, una chimenea profunda y una bavaresa, nos sitúan al pie de la chimenea Burgener, en plena cara SO. del Gran Charmoz.

Hemos dejado muy a la derecha el couloir Charmoz-Grepon, en tanto disfrutamos de una escalada de extraordinaria belleza en un formidable granito, experimentando un goce inenarrable. Sólo amando y comprendiendo a la montaña se pueden sentir emociones tan bellas.

La chimenea Burgener con sus quince metros de altura y fondo glaciar, nos opone algo de resistencia (IV grado), más con un poco de esfuerzo conseguimos dominarla. En su cumbre un pitón con un anillo de rapel, nos habla de algún descenso por esta vía, mientras que a la derecha una especie de buzón nos abre el paso a fáciles y cómodas chimeneas, que, en dos largos de cuerda, nos conducirán a una brecha de la arista (3.421 metros).

Bajo nosotros dos vertientes de la montaña: a nuestra izquierda la cara Norte que, en un solo salto, cae hasta el Mar de Hielo centenares de metros más abajo. Un formidable glaciar cuelga de su pared queriendo alcanzar la cima, pero, retorcido y atormentado, se queda entre las piedras rotas de la ladera.

A la derecha queda la pared que hemos escalado, es decir, la vertiente SO. Por delante una fina cresta nos cierra el paso hacia la cumbre, jalonada de varios obstáculos en forma de gendarmes.

Salvamos el primero de ellos descendiendo unos metros (vertiente de Natillons), contorneamos un pequeño espolón y tras una corta pero expuesta



Gran Charmoz y Aguille Republique.

escalada equipada con dos pitones (IV grado), ganamos la siguiente brecha.

Trepamos una delicada placa bastante aérea y descendemos un par de metros por la vertiente del Mar de Hielo, para poder contornear otro gendarme por medio de un largo paso en un vacío impresionante, que nos hace pensar cómo nos burlamos de la ley de gravedad cuando tenemos una cuerda atada a la cintura.

Rodeamos Le Carre, otro gendarme por la vertiente de Natillons, salvamos una corta placa con fisuras muy finas (IV grado) y en corta trepada alcanzamos el Batón Wicks (3.445 metros), el gendarme más alto de toda la arista.

Por los cuatro puntos cardinales un océano de montañas y glaciares nos rodean, emergiendo de los valles queriendo taladrar el cielo.

Somos dichosos aquí, sobre esta cumbre, contemplando los grandiosos Alpes radiantes de luz, en este día tan maravilloso, sin una nube en todo el firmamento. Quisiéramos quedarnos, pero el día avanza inexorable y el camino es largo.

Tras tomar un bocado en esta magnífica atalaya, un rapel de quince metros nos sitúa en una brecha y por un pasillo contorneamos un gendarme para descender por ancha chimenea hasta fijarnos en la cabecera del couloir Charmoz-Grepon.

Trepamos unas gradas de roca desgajada cubiertas de nieve y por una fisura que termina en un corto diedro en forma de libro abierto (IV grado), ganamos la brecha Charmoz-Grepon, caso en forma de agujero.

Pasamos a la vertiente Mar de Hielo y tras recorrer una repisa de veinte metros, trepar rápidamente unas gradas empinadas en un largo de unos trein-

ta metros, alcanzamos en la arista N. del Grepon la estrecha brecha Numery. La escalada es bella sobre el abismo impresionante de centenares de metros, en una roca sólida y segura, y saboreamos la íntima alegría que nos da el cálido contacto del rugoso granito.

Trepamos una enorme laja separada de la pared y, con la protección de dos pitones, atravesamos una corta placa hasta situarnos al pie de la fisura de dieciséis metros de altura, que corta la pared vertical por su orilla izquierda: la fisura Numery (IV grado muy penoso).

Para subir esta fisura hay que introducir un brazo y una pierna y arrastrarse penosamente por la pared, pues hay que ganar el terreno centímetro a centímetro. En la parte superior de la fisura se ensancha y vuelve más amable ya que permite algún respiro al descansar en los pequeños resaltes. Cada vez admiro más el temple y corazón que tuvieron quienes abrieron estas osadas rutas hacia las cumbres.

Tras una última dificultad en la fisura que todavía se resiste, alcanzo un gran balcón sobre la vertiente de Natillons. Por una corta repisa y un couloir-chimenea alcanzamos un agujero que nos permite pasar a la otra vertiente de la montaña: «El agujero del Cañón» lo denominan los guías.

Escalamos oblicuamente por rocas fáciles hasta situarnos al pie de una chimenea que tiene un bloque atascado que dificulta el paso (III superior); salvamos el obstáculo colocando sobre el mismo un puente de cuerda y desembocamos en un estrecho buzón que nos lleva a la vertiente de Natillons, sobre una cómoda plataforma. El día continúa espléndido y la escalada es magnífica. ¿Qué más puede pedir un alpinista?

Trepamos una fisura de 70° de inclinación y ganamos la brecha poco acusada entre la cima norte y el gran gendarme. Ahora descendemos unos metros por estrecha chimenea, a semejanza de una carta que se deposita en un buzón. Alcanzamos la cima del Gran Gendarme por la arista Norte, en una corta y aérea escalada (III grado).

De ésta y en un aéreo rapel de unos veinte metros, descendemos a una brecha inmediatamente al sur. Primeramente y en plena cara SO., tras un corto desplome, penduleamos hasta alcanzar la arista que nos depositará en la brecha.

Seguimos la arista por la vertiente de Natillons y trepamos unos metros para alcanzar la cresta ancha y llana. Descendemos un par de metros por la otra vertiente y por una ancha cornisa «Repisa de las bicicletas», bordeamos un gendarme (3.474 metros) hasta alcanzar una corta chimenea, a la que siguen unos metros de fácil trepada para situarnos en la brecha entre este gendarme y la torre terminal.

En la vertiente Natillons se introduce uno en el interior de una especie de buzón, bastante estrecho y en el que hay que desembarazarse de la mochila para poder pasar y se desemboca por el otro lado, en una buena plataforma al pie de la cima, de la que solamente unos diez metros nos separan.

El Grepon en el último momento de la lucha se opone por medio de una ancha fisura que nos cierra el paso, pero coloco un estribo en una piedra empotrada y me elevo unos metros con bastante esfuerzo (IV grado), en unos pasos muy atléticos y, por fin, a las tres de la tarde alcanzamos la cima.

PYRENAICA

Hemos ganado la cima soñada, cumplido un deseo, satisfecho una ilusión y aquí estamos anclados a la cumbre.

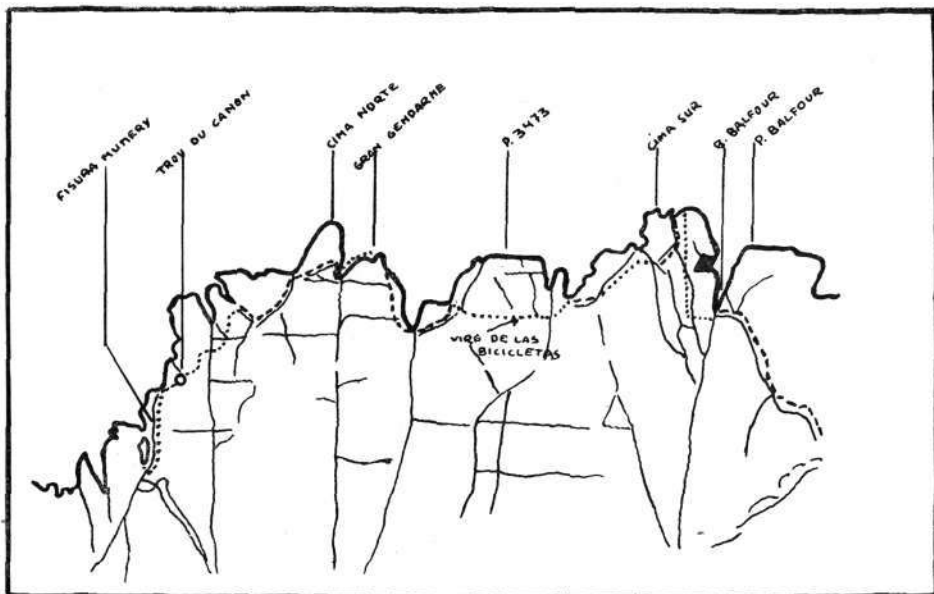
En estos momentos somos ricos, ricos de cosas que no se compran, de esa riqueza que sólo se da a través de la escalada, trepando bellas aristas y profundas chimeneas, aéreas cornisas, delicadas fisuras y que, al final, en la cumbre tienen su compensación.

En la cima una imagen de Nuestra Señora de las Nieves, vela por la seguridad de las cordadas que suben a visitarla y ella nos da paz y sosiego a quienes llegamos jadeantes después del último esfuerzo por alcanzarla, acaso después de ese imperecedero momento de apuro.

Otros cordadas han llegado a la cumbre por otras vías y rápidamente nace la amistad, esa amistad espontánea, desinteresada, profunda que sólo se da en la montaña. Aquí, en la cumbre bien ganada, no importa la nacionalidad ni condición social, ni la idea política, porque el amor a la montaña funde y amalgama cualquier diferencia, para trocirla en armonía y servir de lazo permanente a quien solamente convivió durante unas horas, se ató a una misma cuerda y no borrará de su mente ese sentido de la amistad logrado acaso en cortos pero profundos instantes.

La vida es bella y nuestro corazón se llena de alegría cuando hemos logrado nuestro deseo. Por eso, llenos de optimismo, iniciamos el descenso en compañía de dos jóvenes austriacos y considerando a la Virgen un sólido seguro, largamos un rapel por la cara Este que nos depositará, tras una corta travesía horizontal, en la Brecha Balfour. Por una sucesión de fáciles chimeneas descendemos por el flanco W. de la Pointe Balfour, hasta alcanzar una gran terraza.

En el otro extremo de ella un pitón con varias anillas de cuerda nos in-



TRAVESIA CIMERA GREPÓN 3482 METROS

dica el camino a seguir. Nuevo rappel de veinte metros sobre una gran placa con una profunda fisura a la izquierda, en forma de laja despegada, nos deposita en una pequeña cornisa. Una corta travesía por una delicada placa, un descenso por la fina arista, muy aérea y aterrizamos en un gran bloque empujado sobre una brecha abierta en la cara Este del Grepón.

Con una trepada de tres metros en una placa vertical, alcanzamos una gran terraza denominada en la Guía «Terraza C. P.». En este pasaje, el más difícil del descenso hemos tenido que ayudar con nuestras cuerdas a varias cordadas que nos precedían, perdiendo por tanto un tiempo precioso. El día avanza y el sol empieza a declinar por el Oeste, después de obsequiarnos con un esplendoroso día de luz, embelleciendo nuestra ascensión ya bella de por sí.

Proseguimos el descenso en compañía de nuestros amigos austriacos y aunque nuestros idiomas son de diferente raíz, nos comprendemos perfectamente en ese lenguaje sencillo y noble de la montaña. Por unas terrazas y unos corredores de piedras quebradas llegamos a las seis de la tarde al col de Natillons.

En el col nos encordamos con los austriacos para hacer más seguro el descenso por el glaciar, ya que la nieve blanda y la fuerte pendiente, hacen peligroso el regreso.

A la altura de la primera barrera de sercs la pendiente se acentúa y debemos tomar mayores precauciones. Felizmente salvamos este último obstáculo de la montaña y en el rellano glaciar, al pie del corredor Charmoz-Grepón, nos despedimos de nuestros amigos. Seguramente no volveremos a vernos más, pero queda el recuerdo de esas horas vividas juntos entre brechas y aristas, con la sincera amistad nacida en la montaña.

Recogemos nuestras cosas dejadas en la ascensión y descendemos por el glaciar rápidamente, pues el día toca a su fin y no nos queremos entretener. En la morrena del glaciar, ya salvadas todas las dificultades, se nos hace de noche.

Illuminados por las fulgurantes luces de Chamonix, descendemos hacia nuestra tienda. No hablamos ¿para qué?, bajamos cansados, pero satisfechos, contentos de haber logrado una ilusión. Pienso que vale la pena haber realizado el esfuerzo, haber sentido el áspero roce de roca, el pasar momentos difíciles escalando duras fisuras y oscuras chimeneas, para después disfrutar del triunfo, una vez escalada la cumbre soñada en ese reino mineral y caótico. Una satisfacción completa al tener cumplida una misión.

Descansamos al borde del camping, mientras contemplamos el parpadear de las estrellas que parecen se unen a nuestro júbilo, en tanto las montañas quedan en su letargo nocturno y los glaciares detienen su movimiento, para no interrumpir estos momentos de dicha embriagadora.

No cabe duda que lograremos otras ascensiones, nuestras ilusiones se verán satisfechas, pero siempre quedará alguna de ellas más profundamente grabada en nuestro corazón y su recuerdo nos dará más cálida alegría. Sus fisuras, desplomes y chimeneas formarán un poema viril que nos ayudará a recorrer el duro camino de nuestra vida. La travesía Charmoz-Grepón es una de ellas.

Como dice Gastón Rebuffat «Luchar y comprender, jamás lo uno sin lo otro».